

Testimonio y violencia social. Apuntes sobre subjetividad y narrativas.

SUSANA G. KAUFMAN

Dadas las diferentes perspectivas sobre el tema del testimonio y de dar testimonio, los aspectos éticos comprometidos en él, los escenarios sociales involucrados y la densidad de la palabra como el espacio de expresión y construcción de sentido e interpretación, el testimonio puede tornarse como la voz de lo difícil de categorizar. Interroga al sujeto sobre sí mismo y abre a un campo de escucha que involucra a quienes lo reciben. Puede ser objetivizado al tratarse en el campo judicial por su valor de prueba, entrar dentro del canon ético de los DDHH, ficcionalizado en la literatura, o poner el acento en las representaciones subjetivas y en la viabilidad del testimonio para ser compartido y transmitido.

El enfoque que propongo, el que vincula violencia social y política y la posibilidad de dar testimonio, nos permite acceder al relato experiencial de hombres y mujeres que han atravesado períodos históricos en que la violencia cambió el rumbo de sus vidas y cuyas consecuencias han sido compartidas en espacios públicos, en otros espontáneos o en entornos habilitados de escucha y cuyos testimonios se incorporan a la construcción de memorias colectivas.

Estas notas priorizan el enfoque subjetivo y desagregan algunas de sus dimensiones en que la singularidad y la construcción de lo único se constituyen en lo inherente al testimonio. Es allí donde aparece el sujeto, el testigo, lo que implica un mapa en que la experiencia humana, los acontecimientos y la palabra se habilitan, transitan, dando lugar a la expresión, a la transmisión, y a la escucha.

El relato testimonial no se centrará, entonces, en la perspectiva ética en que testimoniar es hablar desde el mandato de recordar y contar, ni de hablar por los que no están, sino en la perspectiva de aquello que refracta en el yo, en el propio cuerpo, en las representaciones posibles y en el narrar para dar o revisitar el sentido de lo vivido. Una narración en primera persona, llena de tensiones y

ambivalencias como toda enunciación donde los sentimientos y la temporalidad de una experiencia están involucrados.

El testimonio es un narrar en que las categorías temporales se superponen, como sucede con todo ejercicio en que la memoria está involucrada, trabajando con recuerdos, con anclajes narrativos que funcionan como marcas o referentes para la reconstrucción de la historia. Y es en ese juego de tiempos, el de la narración y el momento de la experiencia que se produce una mediatización y una interpretación de hechos que es lo que lleva a la construcción de sentido.

En su texto sobre el tema Dori Laub, sobreviviente de campos de concentración, autor y escucha de testimonios, en su afán de vincular testimonio y verdad, hace jugar temporalidades, memorias y voltaje emocional cuando propone: “distinguir tres distintos niveles de testimoniar en relación al Holocausto: el nivel de ser testigo para uno mismo en la experiencia; el nivel de ser testigo del testimonio de otros, y el nivel de ser testigo del mismo proceso de testimoniar” (Laub, 1995). En ese texto plantea la densidad de lo que significa la involucración personal en los propios recuerdos, en la escucha de otros que mueven sus propias memorias y padecimientos, pero que al mismo tiempo le permite contribuir a la reconstrucción histórica, poder observar las fracturas narrativas producidas por la violencia del campo, evaluar los silencios de quienes no encuentran palabras y ver las repeticiones incesantes de relatos.

Las marcas de la violencia

Si la construcción de sentido es lo que caracteriza al narrador, el testimonio que narra lo ocurrido en tiempos de violencia toma sus propios perfiles y esto se hace evidente en tramos de la historia reciente Argentina y en la enorme producción de testimonios, relatos sobre guerras, exilios, campos de concentración y otras formas de violencia social como situación límite de la tolerancia humana.

Los testimonios en estos escenarios muestran como las coherencias narrativas se desordenan para entrar en zonas brumosas en que hechos, recuerdos, olvidos y huecos aparecen, o solo muestran sus grietas y los silencios que impuso la vivencia de lo intolerable.

Las palabras, las mismas que organizan el sentido de la experiencia se

desdibujan, se pierden o se fisuran convirtiéndose en síntoma. Un quiebre que mantiene latente lo traumático y que no logra representarse ni a veces configurarse en palabras. La experiencia que tiene representación, recuerdo y voz afecta al lenguaje que no puede permanecer indemne ante la violencia. Y aquello que queda afuera de la posibilidad de palabra y representación sigue presente en las sombras del mundo personal, al acecho, y estando sin estar, en una suerte de presencia fantasmática.

Las fisuras narrativas y semánticas en un sujeto revelan, al mismo tiempo que la violencia se constituye en el testimonio brutal de un periodo de la historia y que puede ser volcada en la narrativa personal que le da materialidad al acontecimiento y a su posible transmisión.

En momentos en que la violencia destituye el curso de una vida y hace estallar los límites humanos en el espacio de lo inenarrable o de lo siniestro, la memoria volcada en un relato se constituye en un intento de recuperación de lo propio, y de reconstrucción de lo que la violencia expropió o que cambió radicalmente al dar un giro en que el individuo lucha por encontrar su sobrevivencia

Sufrimiento traumático y testimonios fragmentados

La construcción de memorias convoca a la reconstrucción de hechos y testimonios sobre las heridas individuales y colectivas, y los testigos se convierten en la voz de esas experiencias.

En este mapa que vincula formas de violencia social, huellas personales del sufrimiento vivido y posibilidades de expresión y narración del mismo, los aportes teóricos y las distintas dimensiones analíticas nos permiten acercarnos a la descripción que puede generalizar procesos y al mismo tiempo ahondar en la mirada de la perspectiva subjetiva en que el sentido es íntimo e intransferible.

A lo largo de estas décadas la preocupación creciente por las consecuencias de guerras, guerras locales, fundamentalismos, el terrorismo de estado, la tortura y otras formas de violencia sistemática han renovado el interés por la noción de trauma, como un instrumento para la comprensión de las marcas que estos procesos devastadores dejan a nivel subjetivo e intersubjetivo. En circunstancias de catástrofes sociales, en que los vínculos y pactos comunitarios son amenazados

o destituidos, los procesos de la memoria quedan afectados produciéndose fragmentaciones que bloquean parcial o totalmente el acceso a la rememoración. La intensidad de la experiencia devastadora puede llevar a intentos de reconstrucción del recuerdo para recuperar lo vivenciado, y también, en dirección inversa, a reprimir y mantener lo vivido en el olvido y el silencio (Kaufman, 1998).

El psicoanálisis aportó a la investigación sobre las formas del sufrimiento el concepto de Trauma, heredero del saber médico y contingente con las circunstancias que vivía Europa en las primeras décadas del siglo XX, como una herramienta para revisar la relación entre pasado, historia y síntomas y para desagregar las vicisitudes del mundo psíquico y los efectos e impactos de lo real.

Las proyecciones de la noción de trauma se han extendido a la comprensión de los fenómenos sociales. Trauma colectivo, trauma social son algunas de sus expresiones más usadas y la noción de miedo como dimensión que aparece aplastando la capacidad de participación y de expresión como parte del proceso de la imposición de discursos autoritarios.

En medio de la necesidad de comprender e intervenir sobre los efectos devastadores de la violencia estatal, en la producción académica durante la dictadura y la posdictadura en Argentina gran cantidad de trabajos psicológicos y asistenciales en el área de los trabajadores de Salud Mental se orientaron a revisar la noción de trauma para poner en dimensión los efectos de la represión sistemática, las políticas de desarticulación de los vínculos comunales, los efectos de la desaparición forzada y los duelos irreparables agravados por la falta de información sobre lugares y destino de los desaparecidos como parte de la misma política manifiesta y clandestina.

Los profesionales de Salud Mental contribuyeron con sus aportes a dar visibilidad a las formas de esas violencias y a transmitir la experiencia de asistencia –silenciada o recluida en los primeros tiempos–, dando legitimidad a los efectos y consecuencias psíquicas de lo vivido y a la transmisión de estos temas en el espacio público. También participaron a través de las evidencias clínicas en causas que llegaron a la justicia y en diferentes ámbitos a la hora de tener que resolver alternativas psicológicas y legales como en el caso de los primeros niños encontrados, así como temas de exilios y familias afectadas por desapariciones y secuestros.

Como dimensión de observación y de trabajo hablar de TRAUMA es más que describir la iconografía de los sufrimientos humanos. Es lo que por un lado, permite la mirada sobre las formas de padecimiento y por otro lo que puede revelar a través de sus huellas y del mecanismo de la repetición su etiología y su elaboración posible. Una repetición que necesariamente trae olvidos y distancias con un relato que revela el pasado, lo vuelve a traer y que también se disocia de él por la fuerza e impacto de lo vivido.

La vivencia traumática puede estar en el núcleo del trabajo de la memoria, posibilitando su expresión o provocando por sufrimiento la fractura entre los procesos de recordar y de olvidar. Y es el lenguaje el que puede habilitar la expresión de lo intolerable o silenciar las experiencias que han excedido los límites de la tolerancia psíquica. Expresiones como “lo inhabilable” o “lo indecible” que hallamos en textos de la literatura testimonial del Holocausto expresan esas fracturas que el padecimiento ha impuesto al recuerdo y contra las que la necesidad y el deseo de testimoniar han tenido que luchar.

La observación e investigación en el trabajo con afectados revela que cuando el sufrimiento traumático afecta la integridad de una persona, a sus límites de tolerancia y dependiendo de las condiciones y circunstancias idiosincráticas previas al hecho devastador, la patología es lo único que restitivamente da sentido a lo vivido. En estos casos es la enfermedad, la que testimonia e interpela a quienes están alrededor. La construcción delirante, por ejemplo, incluye la experiencia vivida, lo negado, lo silenciado y trae la historia, la comunica a los otros, testimonia, pide por verdades, no deja que quienes están alrededor callen. Es “un hablar sobre y un hablar a...”. En estos casos, el mundo simbólico marca un momento en que el sujeto trata de encontrar un camino de inscripción psíquica que lo traumático despojó de su mismidad, es decir de la mirada integrada sobre sí mismo. El impacto de la violencia hace que se pierda para sí mismo y a los ojos de los demás su consistencia de sujeto. La subjetividad queda doblemente expropiada: el trauma vivido y la enfermedad como rumbo (Davoine y Gaudilliere, 2011).

El testimonio como forma de transmisión

En el entramado de experiencias, discursos y temporalidades que implican

los procesos de transmisión, las diversas formas del testimonio iluminan historias de vida, relatos de época, y dan densidad a una parte de la historiografía que a través de relatos individuales ahonda en fenómenos colectivos e históricos.

Desde la perspectiva íntima, el testimonio como parte de la transmisión contribuye a la construcción de genealogías y del armado de sentidos identitarios para quienes a través de las vivencias personales y de sus memorias relatan y cuentan para sí y para los otros lo que ha condicionado opciones y recorridos vitales.

En el circuito generacional las historias contadas y memorias transmitidas plantean un punto de encuentro entre dinámicas vinculares, inscripciones subjetivas y discursos a construir. Un mundo de sentidos, permeado por imaginarios que, construye referentes y da testimonio de dilemas de épocas y de contextos socioculturales en que transcurre la vida en común. Quienes intervienen en la red generacional, mayores y nuevos miembros, se vincularán transmitiendo y recibiendo historias, contingencias vitales o silencios que encontrarán eco o multiplicarán enigmas y secretos. Relatos e imágenes sobre el pasado que se convertirán en la historia de los vínculos presentes y que hará de los jóvenes testigos o transmisores de deseos, penurias, odios, mandatos y valores. Como portadores de una identidad y de una singularidad en medio de un tiempo histórico, serán a su vez depositarios y transmisores del mismo (Kaufman, 2006).

La memoria familiar, una de sus dimensiones, se convierte en un capital intersubjetivo, que relatos y recuerdos actualizan en significaciones tanto para quienes transmiten como para quienes los reciben que lo harán con una nueva óptica, desde la cual revisar las narrativas y ponerlas en la perspectiva crítica y creativa que surge de su propia experiencia.

Relatos y testimonios de infancia

Cómo escuchar el testimonio de los niños, cómo recuperar los recuerdos infancia, cómo reconstruir imágenes y vivencias para volcarlas en un relato que hile la historia, cómo recordar experiencias fundantes de cuidado que fueron quebradas por circunstancias de violencia, son algunas de las inquietantes preguntas que aparecen cuando vinculamos el testimonio y el mundo de la infancia.

Los recuerdos de infancia son volcados en narrativas cuya dinámica temporal y discursiva se fusiona con el campo de fantasías y restos de reconstrucciones en que acontecimientos y ficciones acomodan hechos, y recuerdos vivenciales que configuran la historia pasada. La temporalidad plantea mediaciones en que la narración no es secuencial sino que se configura en tramas que dan significación a la experiencia.

Desde una perspectiva psicológica, en la infancia el eslabonamiento de experiencias y sus narrativas se hace posible a través de la conexión entre subjetividades, discursos a construir, vínculos compartidos, y las significaciones que cada sujeto acomoda en su singularidad. Esta conexión intersubjetiva ocurre a través de un proceso de transmisión de disposiciones psíquicas entre generaciones que operan fundando la genealogía a través de la estructuración de modelos psíquicos y el funcionamiento de los mecanismos identificatorios que se tramitan en la cadena generacional (Kaës, 1996).

Los niños suelen ser quienes testimonian con su conducta o con sus padecimientos experiencias que pueden ser expresadas tanto en palabras como en sus actividades lúdicas y expresivas. A veces con sus síntomas. Y en ellos se reflejan los climas y aquello que sus mayores, sus cuidadores narran o callan. Esto incluye la repercusión en entornos íntimos de experiencias en que sus mayores han sido sujetos de violencia durante procesos sociopolíticos en los que han participado activamente o de los que han sido afectados generacionalmente.

A veces lo que transmiten esos relatos testimoniales revelan el haber sido partícipes y testigos de las vivencias de los padres, en otros solo aparecen preguntas acerca de experiencias que no fueron vivenciadas ni transmitidas. Cuando no hubo relatos, la ausencia de palabras es posible de ser representada en otras formas de expresión que sostienen interrogantes y grietas narrativas de la historia. Los niños son muy sensibles y agudos para detectar las zonas de silencios y de historias que han sido negadas por quienes son sus cuidadores y a través de preguntas y juegos interpelan la historia. Esto puede ocurrir tanto en la primera infancia en que el contacto corporal es fundamental para la transmisión psíquica como en instancias posteriores en que la palabra cobra dimensión comunicacional en los vínculos familiares.

Los estudios sobre los procesos de transmisión generacional en la infancia

muestran como las construcciones subjetivas condensan identificaciones de generaciones anteriores. La historia contada o silenciada de la vida familiar, de quienes anteceden en la cadena generacional pueden convertirse en la historia secreta de los niños y hace persistente el pasado en el presente, como la forma de dar sentido a la historia incompleta o desconocida (Kaufman, 2006).

Historiales clínicos y aportes teóricos del psicoanálisis como los de “transposición traumática” o los de “telescopaje generacional” (Faimberg, 1996; Kestenberg, 1993) han aportado a la comprensión de patologías cuyo origen tiene que ver con violencias padecidas por antecesores y víctimas de genocidios de la segunda guerra mundial y cuyos efectos se hacen evidentes en las generaciones que siguen. En estos casos son los síntomas los que testimonian la experiencia de transmisiones mudas por un lado y reveladoras de su fuerza.

Entre los aportes de nuestro país, numerosos relatos de casos e historiales clínicos despliegan las concepciones del sufrimiento devenido de los estados de miedo y sobre todo de incertidumbre respecto del destino de los secuestrados en el caso de los allegados a las familias consultantes. En los años ochenta y en medio del comienzo de la visibilidad de los grupos asistenciales, los temas de consulta eran acuciantes. Uno de ellos y especialmente en la atención de niños, era el del manejo de información, qué decir y qué explicar sobre la desaparición de padres y familiares, dada la investigación ya conocida sobre los efectos que la ambigüedad y la falta de información provocan dando lugar a fantasías siniestras y a cuadros de ansiedad y psicósomáticos severos.

En un trabajo de especialistas en niños, parte de un libro, cuyo enorme valor reside en los aportes teóricos y la casuística que analiza, pone en evidencia los temas que comenzaban a salir a la luz sobre el trabajo que ya venían realizando los organismos de DD.HH. y otros espacios asistenciales. En él se plantea lo complejo de las variables a tomar en cuenta en el abordaje asistencial, frente al manejo de las situaciones extremas que se presentaban:

En los casos de desapariciones y en que los niños habían recibido información distorsionada, lo que se debió no solo a las dificultades de los adultos a cargo sino también a la falta de información real a la que el terrorismo de estado sometió al país todo y estas familias en particular.

Las situaciones que se presentaron fueron:

- Niños abandonados en el lugar del secuestro o dejados en casa de vecinos o llevados a reparticiones militares o policiales. En el mejor de los casos, entregados los abuelos.
- Situaciones de conflictos y peleas entre familiares para decidir quién tomaría cargo al niño.
- -progenitores que permanecían en libertad y debían ocultarse por razones de seguridad, alejándose también del niño por algún tiempo. O a veces ocultándose con él, cambiando reiteradamente de domicilio.
- Desconcierto de los adultos a cargo en relación con el destino del secuestrado, con la consiguiente angustia e incertidumbre acerca de si volverían o no, donde estarían, etc.
- Ocultamiento ante el medio de la situación vivida, por temor, y generalmente marginación de familiares y amistades. (Maciel, R. y Martínez, V. 1987: *Diseño de abordaje y tratamiento*; 43-44).

En nuestro país con el fenómeno de la apropiación de niños y del doble robo que esto significa sobre la negación del origen y el avasallamiento violento de la identidad, la reconstrucción de relatos de infancia se abre como una deuda ética y social para la sociedad en general.

Y sobre los efectos subjetivos de esta parte de nuestra historia, que ya lleva varias décadas, los hijos de desaparecidos que dan testimonio de experiencias de infancia deben lidiar con los huecos de no poder recibir otras narrativas que las que puedan reconstruir con la ayuda de los nuevos entornos recuperados, desmontando ocultamientos y versiones anteriores y los que sus propias búsquedas reconstruyan a partir de los nuevos horizontes. Conocer la historia sobre el origen, sobre el destino de sus padres pone a estos jóvenes frente al desafío de armar sus vidas con estos duelos, en muchos casos saber que sus apropiadores han sido los asesinos de sus padres, y en otros convivir con los modelos y marcas de una crianza ajena a las que sus progenitores hubieran deseado para ellos.

Narrativa y verdad en el testimonio

Un tema bastante inquietante es el que vincula testimonio y verdad. Y es acá donde entran variables únicas: la memoria y sus huecos, los modos narrativos, las metas éticas y la verdad histórica que construye los relatos mayores.

Articular el pasado en una narrativa es captarlo como recuerdo, como imagen que trata de retener lo ocurrido, de ser reconocido como real y transmitido. Significa –al decir de Benjamín– que “la verdadera imagen del pasado pasa súbitamente. Solo en la imagen, que relampaguea de una vez para siempre en el instante de su cognoscibilidad, se deja fijar el pasado” (Benjamin, 2008: 61). Y su fuerza de verdad material, histórica, solo es perdurable en el poder de quienes tienen la hegemonía de mantenerla vigente y de darle los espacios públicos y la oportunidad política para su expresión. La palabra del testimoniante se convierte en parte de esta red de comunicación social.

Desde la perspectiva subjetiva, la noción de verdad parece estar ligada tanto a la experiencia de realidad material como a la realidad psíquica. Todo relato autobiográfico puede presentarse como la verdad, en tanto representa al sujeto y a su sentido en construcción. Si pensamos al narrador como quien en su singularidad tendrá siempre una verdad narrativa coherente con la contingencia en que una experiencia es vivida, su enunciación tiene esta misma singularidad irrefutable.

Un rasgo que resalta en el testimonio de víctimas de violencia es que la verosimilitud de lo vivido se torna débil, dudosa, en tanto que el trauma produce una sensación de ajenidad vivencial, una disociación profunda en el momento de la experiencia, que convoca la fuerza yoica de la sobrevivencia y al mismo tiempo una distancia de lo que acontece. La integración de estos aspectos es, a veces, la repetición de la narrativa o el silenciamiento como recuperación íntima de lo que le fue arrancado (Pollack, 2006).

Dori Laub trabajando en el tema de la escucha de testimonios en relación al Holocausto, advierte “que la experiencia traumática ha estado en general sumergida y se ha vuelto distorsionada. El horror de la experiencia se mantiene en el testimonio solo como una memoria elusiva que da la sensación de que no se parece a ninguna realidad” (Laub, 1995: 62).

Testimonio y procesos de reparación

La articulación entre violencia social, construcción de memorias y testimonio plantea algunos temas que en estas últimas décadas han sido parte de debates e interpretaciones, en concordancia con la época y con la apertura de ámbitos de discusión crítica.

Uno de ellos se refiere a los alcances reparatorios que se le atribuye al testimonio y a las nociones teóricas que forman parte de esas explicaciones. Me refiero al valor curativo de la palabra y del contar en el espacio público y a la noción de rememorar lo vivido como reparador para el mundo psíquico de víctimas y sucesores.

Este análisis requiere diferenciar los espacios públicos o privados en que los testimonios son dados y escuchados y los alcances de la reparación posible en cada uno de ellos.

En el campo judicial el valor de prueba del testimonio es relevante. En nuestro país, desde los juicios a la Juntas Militares en la década de los ochenta y con la apertura de los juicios y causas que juzgan delitos de lesa humanidad la palabra de los sobrevivientes se ha tornado clave para la determinación de responsabilidades. Son los portadores de la palabra, de la prueba y de lo que permite en el presente dar entidad a las formas y lugares de la violencia sistemática de la dictadura militar.

En las Comisiones de Verdad en países latinoamericanos constituidas por equipos interdisciplinarios y auspiciados por el Estado, los testimonios recabados dieron cuenta de las formas de violencia en los conflictos armados de cada región.

En estos espacios el testimonio tiene por objeto probar hechos de los cuales ellos o sus allegados han sido protagonistas. Las alternativas de estos testimonios se diferencian de otros, ya que no están centrados en la mirada a la experiencia íntima, aunque parten de ella. Se diferencian de testimonios hechos en otras circunstancias formales o en entornos de escucha en que la palabra del testigo tiene como eje sus vivencias, el relato sobre ellas y las construcciones subjetivas de sentido.

En todos los casos, el testigo está siempre expuesto a las consecuencias psi-

cológicas de su propia rememoración y a las presiones y resabios de violencia que pueden mantenerse vigentes en la arena política en el momento en que el testimonio es dado y escuchado. Cabe incluir que las condiciones de escucha son fundamentales para el cuidado y acompañamiento de los testigos.

Los efectos reparatorios que tiene el dar testimonio en los ámbitos descriptos vinculan con el reconocimiento del valor de verdad de las violencias padecidas, la impronta traumática de las mismas y sus consecuencias. La fuerza reparatoria de estas legitimaciones no implican minimizar ni negar lo irreparable de los avasallamientos físicos, morales y psicológicos que han quedado en las víctimas, sino contribuir a devolver dignidad e integridad frente al arrebato y humillación de las experiencias padecidas.

La significación subjetiva, las asignaciones de sentido y el efecto reparator del testimonio exceden toda generalización, ya que implican la consideración de las historias personales y las formas particulares de transitar esas experiencias vividas.

En lo que se refiere al mundo íntimo, a las repercusiones e inscripciones subjetivas de la experiencia y a la función del testimoniar como forma del recuerdo, la noción de Trauma es utilizada con frecuencia para describir las consecuencias psíquicas y psicosociales de la violencia.

Y esto requiere algunas consideraciones sobre el alcance y extrapolación del término Trauma y de sus usos. En las últimas décadas, el uso teórico de los mecanismos psíquicos involucrados en su paradigma, ha estado, en parte, alejado de su sentido teórico original no tanto en la descripción de las marcas de la violencia sino en la idea del valor de reparación y cura del testimonio. Tomó fuerza en las consignas del “recordar para no repetir” en la que el recuerdo se vuelve imperativo, un mandato ineludible, parte de consignas políticas por la memoria y reclamos de justicia. Estos sentidos se alejan de la frase original que la teoría freudiana invoca y del lugar que el mecanismo de la repetición tiene en las metas de la cura desarrolladas por Freud (Freud, 1986).

Poniendo en tensión la relación entre lo público y lo privado, el entorno de lo íntimo, de lo que solo refracta sobre el si-mismo, la idea de que si bien el testimoniar esta ponderado por el valor ético y por su efecto en los procesos de transmi-

sión, esto no es garantía de reparación si se trata de entender su efecto sobre quien narra y transmite. La narración no es siempre la “escritura o la vida” de Jorge Semprum (1997), quien le da a la escritura un lugar de reparación simbólica frente a lo que representó lo “invivible” de su reclusión en el campo de concentración. A veces la oralidad o la escritura no han podido apagar las marcas de la violencia.

La literatura testimonial del holocausto y la palabra de sus autores, muestra que quienes a lo largo de sus vida han podido resignificar lo vivido y comunicarlo a través de su obra, luego no pudieron sostenerlo para sí mismos y encontraron solo soluciones radicales como la muerte, lo que puede revelar que el sufrimiento traumático, su testimonio y el lugar de la memoria pueden tornarse eficaz en su transmisión e inelaborable para quienes lo han vivido. El llamado “deber de memoria o el vivir un día más para contar” en palabras expresadas por un sobreviviente del Holocausto, problematizan la relación entre metas morales y procesos psíquicos acerca de la función reparatoria que le asigna al testimonio y al proceso de transmisión.

La clínica y el psicoanálisis como hermenéutica, desafían la relación entre temporalidad y efectos de las experiencias traumáticas que pone en duda el lugar del tiempo en los alcances y concepciones de la cura. Lo traumático muestra la persistencia de sus marcas en síntomas y patologías a lo largo de la vida de quienes han testimoniado en el espacio público. El trabajo íntimo posible, la búsqueda de sentidos y acomodaciones psíquicas no siempre llevan a la elaboración de quienes han padecido situaciones límite. Estos procesos complejos en su elucidación dependen de dinámicas e experiencias íntimas y vinculares previas y de contingencias actuales.

A diferencia de la escritura y de otros espacios en que la dimensiones performativas o poéticas se ponen en juego y en las que es el lector quien completa los sentidos de los textos, en la oralidad del testimonio la escucha, la alteridad y el ámbito de transferencia creados se tornan parte de la tarea del testimoniario y del escuchar la revivencia, las vueltas fragmentarias del recuerdo a lugares, vacíos y siniestros tratando de no ser totalmente atrapados por un pasado inmovilizador. El narrador y su escucha participan de reflexiones, de la reafirmación de la veracidad del pasado y del trabajo de su asimilación al momento de la vida actual.

Las dimensiones del enfoque subjetivo sobre el proceso de testimoniar volcadas hasta aquí, cobrarán densidad en la construcción de cada historia personal, que permeada por la cultura y la época se estructuran en una subjetividad en que acontecimientos y vivencias eslabonen temporalidades y significaciones.

Bibliografía

- Benjamin, Walter (2008): “Tesis de filosofía de la historia” en: Walter Benjamin; *Ensayos escogidos*. Buenos Aires: El cuenco de Plata.
- Davoine, Françoise y Jean-Max Gaudilliere (2011): “Del hundimiento de un mundo a la locura como búsqueda” en: Françoise Davoine, y Jean-Max Gaudilliere *Historia y Trauma. La locura de las guerras*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Faimberg, Haydee (1996): “A la escucha del telescopaje de las generaciones: pertinencia psicoanalítica del concepto” en: Renee Kaës et al.: *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1986): “Recordar, repetir, reelaborar. Nuevos consejos sobre la técnica del Psicoanálisis II” [1914] en Sigmund Freud: *Obras Completas*, Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kaufman, Susana (1998): “Sobre Violencia Social y Trauma”. Comunicación presentada en las *Jornadas sobre memoria y violencia*. Montevideo.
- (2006): “Lo legado y lo propio. Lazos familiares y transmisión de memorias”. En: Elizabeth Jelin y Susana Kafman: *Subjetividad y figuras de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kestemberg, Jean (1993): “What a Psychoanalyst learned from the Holocaust and Genocide” en *International Journal of psychoanalysis*, 74.
- Laub, Dori (1995): “Truth and Testimony: The Process and the Struggle” en: Cathy Caruth (ed.): *Explorations in Trauma*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Maciel, Rosa y Martínez, Victoria: 1987-2006. “Diseño de Abordaje y Tratamiento” en: Martínez, Victoria (comp.): *Terrorismo de estado. Efectos Psicológicos en niños*. Editorial Punto Crítico.
- Pollack, Michel (2006): *Memoria, olvido, silencio*. La Plata: Al Margen.
- Semprun, Jorge (1997): *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets.